

Translation into Spanish of
"The Shadow of Death and the Dawn from on High"
Published in LCWR's *Occasional Papers* – Winter 2016

La sombra de la muerte y el amanecer desde lo alto

Rebecca Ann Gemma, OP

En 2006 tuve la bendición de estar al lado de la cama de mi mamá cuando respiró por última vez. En ese momento lleno de gracia, yo experimenté el misterio de la paradoja que ha modelado mi vida hasta este día: desde la parte más honda de mi ser sentí una tristeza intolerable acompañada por una profunda alegría. Juntas existen: la muerte y una nueva vida, final y principio, pérdida y descubrimiento. El corazón se me desgarró cuando me despedí de alguien que había sido mi amiga del alma, mi educadora y mi heroína. Sin embargo, la vi con los ojos de la imaginación en los brazos de su Creador: libre, completa, embelesada con una felicidad indescriptible, y en paz. ¿Cómo no iba a regocijarme y permitir un que un "Aleluya" se me escapara entre las lágrimas? No obstante, conforme pasaron los días y los meses, las balanzas equilibrando la alegría y la pena se inclinaban por el peso de la tristeza profunda, y era una faena entrar en el confort de la fe en la resurrección. Me había metido en una de las sombras de la muerte, frecuentemente llamadas duelo, y eso me entorpecía los días inminentes. Esta sombra se volvió una compañía que me impedía ver más allá de mi pérdida, y yo sabía que podía ya fuera invitarla como amiga, o ser consumida por su pesadumbre. Me puse a orar por esto, y fue en la repetición diaria del Cántico de Zacarías que comencé a sentir que algo cambiaba. Cada mañana oraba con mis hermanas: "Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz." Con estas palabras yo me hacía consciente lentamente de que la entrañable misericordia de Dios se me estaba continuamente ofreciendo como curación, solaz y dirección. Verdaderamente reconocí al Espíritu vivo, relacional, atento, cariñoso y cercano. Me aferré a esta consciencia mientras comenzaba más intencionalmente a aceptar el proceso de vivir para siempre con la paradoja del Misterio Pascual que se encuentra en tantos aspectos de nuestra vida. Ahora, este amanecer desde lo alto con el que despierto cada mañana, se ha vuelto un recordatorio constante de que la presencia fiel de Dios es mi fortaleza y mi guía.

Comencé esta reflexión con esta versión truncada de una experiencia significativa en mi vida, ya que ha nutrido profundamente el cómo me involucro en un cambio transformacional en la vida religiosa de hoy y el cómo lo integro en mi liderazgo. A través de los últimos pocos años, unos artículos en *The Occasional Papers* han sido inspiradores, estimulantes, y provechosos en cuanto a que exploraron nuevos niveles de consciencia al comprender nuestro lugar en el universo, nuestro mundo, nuestra iglesia, y entre nosotros. He sido movida a participar en conversaciones de significado profundo, animada por largos períodos de silencio contemplativo en el que la ausencia aparente de Dios se ha convertido en una presencia confiable. La energía creativa, la visión dirigida por el Espíritu, y la llamada del clarín para profundizar no se me ha perdido, y por eso estoy muy agradecida. No obstante, sentía que algo estaba

bloqueándome esos momentos llenos de esperanza. Me sentía más fragmentada que conectada ya que el carrusel de la vida parecía estar atascado en alta velocidad.

No tomó mucho el darme cuenta de que una vez más tenía un pie en la sombra y otro apuntando hacia el amanecer. Aquéllos de nosotros llamados a servir en el liderazgo congregacional, vivimos en una especie de enigma diario: por un lado, lleno de energía profunda y aventura ya que estamos invitados a ser testigos del movimiento del Espíritu en la vida de nuestras hermanas, en nuestros ministerios, y en nuestra vida común compartida. Nosotras, también, estamos comprometidas en animar nuestros carismas y animar a que sean auténticamente expresados, más especialmente en aquellos lugares en los que la necesidad es mayor. Sin embargo, por el otro lado, el liderazgo congregacional está lleno de atención a asuntos que nos rasgan el corazón: retos ministeriales, el abandono de sitios de misión tenidos por largo tiempo, preocupaciones financieras, menos miembros nuevos, enfermedades de las hermanas, y la muerte de aquéllas a quienes llamamos hermanas y amigas. En momentos parece demasiado para soportar, y yo pensaría que muchas de nosotras despertamos en la noche preguntándonos cómo sobrellevarlo todo.

Y así, una vez más, lo puse en oración. Para mi deleite, fueron las acciones simples, pero, aun así, profundas de María Magdalena, en la tumba de Jesús lo que me dio la idea de cómo podría yo navegar la complejidad de las batallas diarias mientras buscaba claridad y propósito. En el evangelio de Juan leemos:

"El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro". Entonces, después de haber ido a decir a los otros, lo que hizo que Pedro y el otro discípulo fueran a investigar, se nos dice: ""María se quedó llorando fuera, junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó para mirar dentro"

Aquí estaba uno de los amigos íntimos de Jesús, quienes lo habían acompañado de pueblo en pueblo mientras predicaba el amor y la fidelidad de Abba. Ella no solamente amaba sus enseñanzas y convicciones, ejemplificadas por su actividad misionera posterior, sino que es claro que María amaba a Jesús profundamente. Y sin embargo, dos días antes, su mundo se había hecho añicos cuando fue testigo de su crucifixión, muerte y entierro. La muerte de Jesús no fue solamente la pérdida de una persona que ella amaba, sino del mundo que ella había acogido por su relación con él. Mientras me imaginaba a mí misma parada al lado de María en la oscuridad antes del amanecer, reflexionaba sobre las pérdidas significativas que impactaron a aquéllos que siguen a Cristo como religiosos consagrados hoy.

El número de hermanas que están experimentando enfermedades serias y aquéllas que están muriendo a un mayor ritmo, son mujeres que han crecido para amar profundamente. Ya que las estructuras de vida comunitaria han permitido más oportunidades de auto-expresión y sinceramiento, nos conocemos más íntimamente. Con la pérdida de estas hermanas, incluso a la crueldad de la demencia, nuestra relación ha cambiado. Entonces, ya que menos mujeres vienen a unírse nos, nos preguntamos quién estará con nosotras como compañeras en esta travesía, y con quién podremos compartir nuestro espíritu generativo. Para algunas, tales pérdidas relacionales dan paso a una soledad inflexible y a un miedo paralizante a ser abandonadas.

Así que aquí yo creo que podemos mirar a María, quien permitió que la pena se expresara en emociones sin restricciones. ¿Podemos de manera similar lamentar con llanto ferviente o tomando prestadas palabras de los salmistas y poetas que comprendieron este dolor humano? ¿Podemos invocar nuestros recuerdos y tomar tiempo para compartir con otros historias acerca de nuestros seres queridos? No podemos simplemente “seguir adelante”, poniendo nuestra energía en tareas que nos dan distancia emocional. Lamentar su muerte bien es tocar aquellas relaciones que hemos conocido y permitir que el proceso de duelo nos lleve a nueva conciencia de su presencia en nuestras vidas hoy. La pena permite que este cambio se presente a sí mismo.

Aunque somos mejores en creer que somos más que solamente el trabajo que hacemos, la pérdida de sitios ministeriales y las oportunidades a través de los años han creado un vacío en nuestra conciencia personal y colectiva. Ya sea en cuanto a la institución patrocinada por la congregación, o en referencia a un ministerio amado apoyado por otra entidad, cuando somos llamados a disminuir o a renunciar toda nuestra participación en esto, sentimos que parte de nuestra identidad nos ha sido arrancada. Esto puede llevar a la auto-reprimenda, creyendo que debimos haber hecho algo incorrecto para haber causado esto o a negar el hecho de que ya no tenemos el personal necesario para sostener nuestra presencia. Mayor angustia puede ser experimentada cuando reconocemos que ya no somos necesarios, y que otros han sido llamados a sacar adelante la misión.

Volvámonos a María, quien fue a la tumba, en la oscuridad implacable y con el corazón desgarrado, a honrar a su amado y – más probablemente- a despedirse. Nunca es suficiente con ritualizar nuestra partida meramente con celebraciones comunitarias, sino que debemos darle a nuestra alma tiempo para acoger su propia despedida. Porque cuando así lo hacemos, creamos un espacio sagrado de gratitud por las bendiciones recibidas, y si es necesario, abrir la puerta al perdón y la reconciliación todavía no experimentados.

María, todavía con lágrimas, pasó del lugar de la confusión, el temor, la soledad a mirar la tumba. Ella continuó buscando a quien amaba ¡y desde esta sombra de dolor, la resurrección ocurrió! En la ternura de Dios, en la misericordia desenfrenada de Dios, el amanecer vino: ¡era Cristo mismo! Como María, estamos llamados a abrazar nuestras pérdidas para descubrir a un nuevo Cristo vivo en el Espíritu. Vivimos en la paradoja del Misterio Pascual sin saber dónde podemos encontrarnos en el futuro, pero mantengamos los ojos de nuestros corazones abiertos para ver lo que Dios tiene esperándonos mañana.

Rebecca Ann actualmente sirve como Priora General de las hermanas dominicas en Springfield in Illinois.

Translated by Irma Valeriano González